



Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Muñoz Molina
Nada del otro mundo

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre 2011

© Antonio Muñoz Molina, 1988, 1993, 1999 y 2011

Los relatos «Las otras vidas», «El cuarto del fantasma» y «La colina de los sacrificios» se publicaron en el volumen *Las otras vidas* (1988). Estos tres cuentos volvieron a publicarse en *Nada del otro mundo* (1993), junto con el resto de cuentos del presente volumen, a excepción de «Apuntes para un informe sobre la Brigada de la Realidad», que se publicó en el diario *El País* en 1999 y «El miedo de los niños», escrito expresamente para esta edición y por lo tanto, inédito hasta ahora.

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2011

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.es

ISBN: 978-84-322-1300-7

Depósito legal: NA. 2.802 - 2011

Impreso en España

Rodesa, Rotativas de Estella, S. L., Navarra

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL CUARTO DEL FANTASMA

Ese dinámico joven, Lorencito Quesada, que tan alto mantiene el pabellón de nuestra localidad en el periódico de la provincia, se acordará de la noche en que nuestra tertulia del café Royal se prolongó, contra toda costumbre, hasta después de las doce, y no por culpa de la bebida, que ninguno de nosotros era proclive a la estéril bohemia, sino porque alguien, tal vez el mismo Lorencito, amigo, como él dice, de investigar los fenómenos sobrenaturales, comenzó a contar historias de aparecidos. De pronto todos recordábamos alguna, y cuando Plácido Salcedo, que profesa la cátedra de Física en el instituto, quiso cortar las alas de la imaginación y restablecer el fuero de la ciencia, ya era demasiado tarde, y el joven Quesada nos instruía copiosamente sobre no sé qué propiedades magnéticas de las pirámides de Egipto y sobre las bien documentadas visitas de naves extraterrestres a nuestro planeta. Por ejemplo, dijo, el carro de fuego que arrebató a Elías no era tal, sino un platillo volante, como la estrella de Belén... En ese punto, mi primo Simón, que es muy suspicaz en cuestiones de dogma, le pidió que no hablara de lo que no sabía, porque ni él, Quesada, ni nadie que no estuviera

debidamente autorizado, podía interpretar las Escrituras a su antojo, y entonces Salcedo, queriendo apaciguarlos, empeoró la disputa, pues si animó a Lorencito a secundarle en el respeto que, como científico, le merecía toda creencia, también quiso suavizar a mi primo hablándole del libre examen, y eso fue igual que si mentara al diablo. Mi primo montó en cólera y lo llamó luterano; Salcedo a él Torquemada, Lorencito, tan hablador aquella noche, nos preguntó retadoramente si creíamos que la Redención afectaba a los habitantes de otros planetas; yo contuve a mi primo y a Salcedo y los obligué a sentarse; y tuvo que ser don Palmiro Sejayán, ante cuyas canas nos inclinábamos todos, quien diera por terminada la contienda. Dijo: «Señores, formalidad», y nos llamamos en seguida. El poeta Jacob Bustamante, recién laureado entonces por la Diputación, aprovechó el silencio para lanzar contra mi primo y contra mí una saeta envenenada:

—Hay algunos —dijo— que se empeñan en no enterarse del Vaticano Segundo.

—Tengo en casa las actas conciliares completas —saltó mi primo como un rayo— y puedo asegurarles que en ninguna se habla de platillos volantes.

—Amigo Simón —dijo desconsoladamente Lorencito Quesada—, no se me ponga así, que usted y yo nunca hemos divagado en materia de fe.

Todo el mundo sabe que el joven Quesada es un alma de Dios, un corazón de oro. Autodidacta, vicesecretario perpetuo de la Adoración Nocturna, empleado desde los doce años en los almacenes El Sistema Métrico, ¿podría alguien reprocharle que dijera divagar por divergir o ínfula por ínfula? El verdadero elemento contestatario en nuestro *petit comité* era Jacob Bustamante: ostentaba pobladísima barba y melena que le cubría las orejas y era

sectario ardiente del verso libre y de las misas con guitarras. El éxito lo había envanecido: después del premio cosechado por él en el certamen de la Diputación, insistentemente se rumoreaba su nombre entre los finalistas del que convocaba todos los años el Ministerio de Marina...

—Señores —Don Palmiro Sejayán tuvo que restaurar de nuevo el orden—, si ustedes me prometen que no volverán a discutir, les contaré yo una historia de fantasmas.

—¿Una leyenda folclórica de su país? —dijo Salcedo, abogado siempre del escepticismo, de la fría razón.

—Nada de leyendas, mi querido profesor. Lo que quiero contarles me ocurrió a mí. Si me permiten...

—Un momento, don Palmiro —dijo Quesada, levantándose—. Si usted me da permiso registraré su historia en mi grabadora.

Con la generosidad que lo caracterizaba, don Palmiro asintió. Lorencito Quesada le tenía grabadas ya varias entrevistas en las que don Palmiro le había ido contando su larga y azarosa vida desde el día en que abandonó Armenia, niño aún, envuelto en un rollo de alfombras. Quesada nos prometía siempre que las entrevistas se iban a publicar en *Singladura*, diario cuya corresponsalía ostenta en nuestra localidad, pero lo cierto es que el tiempo pasaba sin que las aventuras de don Palmiro quedasen perpetuadas por las rotativas. «Paciencia —nos pedía Quesada—, me dicen en redacción que hay un exceso de originales.» Mordaz, Salcedo apuntaba como razón del retraso la posibilidad de un conflicto diplomático con el Imperio Otomano, y Bustamante sugería por lo bajo que Lorencito Quesada, en *Singladura*, era el último mono. Sólo don Palmiro hacía como que no se enteraba de la inutilidad de tantas entrevistas, y seguía sometiéndose a ellas,

por deferencia a la vocación periodística de Lorencito, con un agrado invariable que declaraba muy a lo vivo su ancestral bonhomía.

¿Quién no se acuerda de don Palmiro Sejayán, quién ha olvidado su figura de prócer, tan gallarda a despecho de la avanzada edad, sus bastones de junco de Macao, sus trajes de severo luto, la sencillez de su trato con los inferiores, y lo éramos todos, porque don Palmiro poseía la fortuna más sólida de nuestra localidad, si no de toda la provincia? Me parece que lo estoy viendo en su rincón de la tertulia, fuerte como un roble, las manos unidas sobre el bastón, con su nariz aguileña y su níveo bigote, emblemas de la raza armenia, condenada injustamente —«no como otras», decía mi primo Simón— a una sempiterna diáspora. Cuando don Palmiro tenía doce o trece años unos parientes lo salvaron del cruento alfanje de los turcos embarcándolo en un vapor que lo llevó a Valparaíso. Nada más pisar tierra al cabo de un año de navegación sobrevino un terremoto de tan extremada graduación en la escala de Richter que don Palmiro creyó llegado el fin del mundo. Conoció el desamparo y el hambre, padeció inundaciones, sobrevivió a un alud en los desfiladeros de los Andes, naufragó en el Caribe, estuvo a punto dos veces de que lo fusilaran (peligro nada inusual en aquellas turbulentas repúblicas de Sudamérica), se labró, en fin, una fortuna vendiendo máquinas de coser por las serranías y las selvas del Perú y fabricándolas luego en la reputada cadena de producción que estableció en Lima, la perla del Pacífico, que decía él siempre. Casado con una española, a los setenta años liquidó fructíferamente su emporio ultramarino, y ya que no podía volver a su patria cautiva, eligió retirarse a la de su esposa, y vino a España y a nuestra ciudad, patria chica de ella, y aquí en-

viudó, y para curarse la melancolía y distraer su vigorosa ancianidad, abrió el Electrobazar Monte Ararat, que aún hoy concita al recuerdo de Palmiro Sejayán en la mejor esquina de la plaza del General Orduña. Respetado por todos —*por sirios y troyanos*, decía el joven Quesada—, don Palmiro asistía puntualmente a nuestra tertulia del Royal, instituyéndose en mecenas de todo café, bollo suizo o leche rizada que se consumiera en la misma, rasgo que agradecía más que nadie el avinagrado Bustamante, no por pobreza, sino por avaricia, pues ni siquiera fue para invitarnos a una ronda cuando le dieron aquel discutido premio de la Diputación...

Pero estaba contando que Lorencito Quesada se había levantado para buscar su grabadora, un milagro de la técnica japonesa que le cabía en el bolsillo del abrigo, y allí la llevaba siempre, por si se le presentaba ocasión «de captar la noticia, el documento en vivo». Con reverencia, con orgullo, la puso encima de la mesa, frente a don Palmiro, y para probar la cinta, porque en todo lo suyo era muy escrupuloso, dijo con voz de locutor, «grabando, grabando», y sólo cuando estuvo seguro de la perfecta nitidez del sonido invitó a don Palmiro a que nos contara su historia de fantasmas.

—Pero es más de media noche, amigos míos —dijo don Palmiro, consultando su opulenta leontina—. Seguro que ya tienen ustedes ganas de irse a dormir.

—Pues nos la cuenta usted resumida —lo animó Quesada—. Sin entrar en detalles, *a grosso modo*...

—Lo prometido es deuda. —Ni siquiera Salcedo disimulaba la impaciencia bajo su gravedad de catedrático—. No irá usted a dejarnos con la miel en los labios.

—Don Palmiro, si usted se calla ahora nos va a dar un disgusto —dijo mi primo Simón.

—... *una puñalada trasera*... —Quien habló esta vez fue el joven Quesada.

Puesto por nuestra curiosidad *entre la espalda y la pared*, como también habría dicho el pobre Lorencito, don Palmiro pidió leche rizada para todos —rápidamente Bustamante solicitó que se nos añadiera bolle-ría—, y, posando ambas manos sobre el labrado puño del bastón, bebió un sorbo de leche, se limpió los labios con un pañuelo inmaculado, y comenzó a hablar con aquella grave y reposada voz que a todos nos embebía. Oyéndolo se nos pasaban las horas, agrupados en torno suyo como devotos de sus lentas palabras. Gracias a ellas conocimos, en aquella mesa del Royal, nombres de regiones y de ciudades que de otro modo no habríamos sabido nunca que existieran, y también de animales y frutas, de razas aborígenes que ignoraban todo rudimento de civilización. Luego nos íbamos a casa pensando en el ñame o en los guaraníes y al cruzar, bien abrigados, los soportales de la plaza del General Orduña, nos espantaba darnos cuenta de lo grande que debe de ser el mundo.

La historia ocurrió, nos dijo don Palmiro, a finales de los años veinte, en una aldea perdida en las estribaciones de los Andes. A lomos de mulos de alquiler, don Palmiro, muy joven todavía, viajaba por aquellas soledades vendiendo a comisión ropa interior de señora y caballero y bisutería menuda. Llegó a la aldea al anochecer de un día de invierno que amenazaba nieve, casi desvanecido de cansancio al cabo de tantas horas de cabalgar sobre la mula por desfiladeros y barrancos. No había luces en las calles, recordó don Palmiro, casi no había calles, sólo hondonadas cenagosas entre las casas de adobe. En las ventanas vio luces de petróleo e impenetrables rostros de

indias con sombrero de hongo que cerraban los postigos cuando él se les quería acercar.

—¿Las indias llevan sombreros de hongo, como los ingleses? —preguntó Lorencito, siempre ávido de conocimientos. Pero don Palmiro, que cuando contaba una historia de su juventud se volvía un poco sordo, no lo oyó, y los demás le exigimos silencio con ademanes terminantes.

Parecía como si la voz de don Palmiro nos hubiera contagiado la quietud sepulcral de la aldea. En el salón del Royal sólo quedábamos nosotros, y no se oía ni el ruido de una cucharilla.

Cansado y hambriento, don Palmiro buscó acomodo en la única fonda de la localidad, dejando para el día siguiente la visita que había pensado efectuar esa misma noche al mercero. La fonda estaba en la plaza, frente a una iglesia a oscuras. Nada más entrar, nos dijo, notó un olor raro, «ese olor a humedad que tienen las casas cerradas desde hace tiempo, ustedes me entienden». En un zaguán con el techo muy bajo había un hombre y una mujer que hablaban en susurros a la luz de un quinqué amarillo de humo. La mujer iba de luto y parecía enferma. Sin afeitarse, en camiseta, con cara de embriaguez o de fiebre, el hombre le habló a don Palmiro apoyando los codos en un sucio mostrador. Le dijo con desgana que no podían darle de cenar, que no tenían cuartos libres, que no había cuadra ni pienso para la mula. Medio sonámbulo de fatiga y de hambre don Palmiro insistió: le bastaría cualquier cosa, un jergón en el granero, un trozo de pan duro. La mujer miró de soslayo al posadero y habló como rezando, en voz baja, con las manos juntas, lo bueno de aquellas historias de don Palmiro era que le hacían ver a uno todos los detalles: «Dile que se vaya», murmuró la mujer, suspi-

rando, dijo don Palmiro, como si estuviera en un velorio, también esa palabra la aprendimos de él. «Por Dios, señora —casi le suplicó—, que va a nevar, que me congelaré como un perro...» La juventud es vehemente: encogiéndose de hombros, como quien declina toda responsabilidad, el posadero se rascó la áspera greña de mestizo, tomó en una mano el quinqué y en otra una llave muy grande y le dijo a don Palmiro que se fuera con él. Vuelta hacia la pared la mujer sollozaba tapándose la boca.

Por una lóbrega escalera de peldaños gastados subieron a un pasillo oblicuo y negro en el que había tres puertas. Bajo dos de ellas don Palmiro vio luz y oyó rumores de gente que dormía. El posadero abrió la última, y levantando el quinqué examinó el interior de la habitación sin cruzar el umbral. Se dio la vuelta tan aprisa que no vio la moneda que don Palmiro le ofrecía.

En el cuarto, que tenía el piso de adobe, sólo había una cama muy estrecha, una mesa de noche con una palmaria de color azul, una silla de anea. Don Palmiro oyó el viento que golpeaba la ventana y se acordó con pesadumbre de que la mula pasaría la noche atada a una reja de la calle. Luego se quitó los pantalones y el chaquetón y los dejó cuidadosamente en la silla. En la oscuridad, cuando ya se había acostado, oyó muy cerca unos golpes reiterados e iguales, como cautelosos, «unos golpecitos así, toc, toc, toc», nos dijo repicando quedamente con los nudillos el mármol de la mesa. Pensó: «ratones o cucarachas», y se cobijó más hondo, con los ojos cerrados, y al oír un rumor como de ropa que se deslizaba comprendió que no iba a dormirse y encendió la vela.

—De tan cansado que estaba, el sueño se me fue —dijo don Palmiro—. Así que para no desperdiciar el tiempo saqué mi libro de contabilidad y decidí estudiar un rato.

Entonces vi que mi pantalón se había caído de la silla. Me levanté y lo recogí, porque era el único pantalón que yo tenía entonces y lo cuidaba como a la niña de mis ojos. Me había acostado otra vez cuando volví a oír los mismos golpecitos, que ya empezaban a cansarme. No venían de la puerta, sino de muy cerca de mí, como si alguien, en el piso de abajo, estuviera dando con un palo en el techo. Pensé: «Si ese forajido posadero quiere asustarme va fresco», y abrigándome otra vez me puse a estudiar con ahínco los secretos de la partida doble. Y entonces, más golpecitos, como el goteo de un grifo, así: «toc, toc». Miré la silla y vi que mi pantalón estaba empezando a caerse muy despacio, como si le hubieran atado un hilito y tiraran de él. No tardé en darme cuenta de que la silla oscilaba un poco. ¿Sería otro terremoto como el de Valparaíso? Pero no, sólo la silla estaba moviéndose, no la cama ni la palmatoria. Entonces me fijé en las patas: una de ellas se levantaba ligeramente y volvía a caer, era de ahí de donde venían los golpes. Luego se levantaron un poco más las dos patas de la izquierda, y mi chaquetón, que estaba en el respaldo, empezó a deslizarse, y después la silla se inclinó hacia el otro lado y el chaquetón y los pantalones cayeron al suelo. La silla estuvo como un minuto sin moverse. Y entonces se balanceó de nuevo, primero muy despacio, parecía que se iba a caer, pero no perdía el equilibrio; yo me levanté y ella empezó a alejarse de mí, a saltitos, como esa gente que camina con una pierna tiesa, y al llegar al otro extremo de la habitación volvió a pararse, frente a mí, como si recelara algo, una de las patas dio tres golpes, toc, toc, toc, y se quedó quieta.

—¿Y qué hizo usted, don Palmiro? —preguntó Quesada.

—¿Me creerán si les digo que otra vez tenía sueño?

Doblé el pico de la página que estaba leyendo y lo dejé en la mesa de noche. Recogí mis pantalones y mi chaquetón, y en vez de dejarlos otra vez en la silla, los puse bien doblados sobre la maleta, para que al día siguiente no tuvieran arrugas. La buena presentación es inexcusable en la vida comercial, ése fue siempre mi lema. Me acosté, apagué la vela y me dormí...

Don Palmiro no dijo nada más. Apuró su leche rizada, se limpió los labios y el bigote y llamó a Sebastián, el camarero que atendía siempre a la tertulia. Pagó, dejando una propina espléndida en el plato, y nos dijo que ya era hora de levantar la sesión. Sólo Bustamante se atrevió a preguntar lo que todos pensábamos.

—¿Se durmió usted, don Palmiro? ¿Como si nada? ¿Como si la silla no se hubiera movido?

—Amigo mío. —Don Palmiro nos sonrió a todos como un anciano padre bondadoso, ya en pie, guardando en el chaleco su reloj de plata—. Yo había visto a un soldado turco degollar a mi padre. Yo había creído que el mundo entero iba a ser tragado por el mar durante el terremoto de Valparaíso. En la bodega de aquel vapor donde pasé dos meses escondido entre alfombras, las ratas me despertaban mordiéndome las orejas... ¿Y quiere usted que una silla, porque daba saltitos, me quitara el sueño?

Sin decir nada, sin levantarnos todavía de la mesa, miramos a don Palmiro, abrumados por su estatura y por la duración de su vida. Entonces la cinta llegó al final, y en medio del silencio la grabadora se detuvo automáticamente con un golpe repentino y tan seco que todos nosotros, salvo don Palmiro Sejayán, nos llevamos un susto.